



La importancia de las sociedades médicas

El instinto gregario nos viene como herencia de otras especies. Es fascinante contemplar la parvada de aves en su retorno a sus nidos cuando el Sol declina o el peregrinar hacia climas mejores. En los seres humanos es evidente la tendencia a la agrupación entre quienes comparten similitudes u objetivos como un afán de intercambio de ideas y de ayuda mutua.

En el campo de la medicina, más que en otras profesiones, la existencia de sociedades forma parte de la cotidianidad y es tan común que pocas veces nos cuestionamos su importancia; quizá por ello me ha parecido insólita la invitación del Dr. Martín Antonio Manrique para hacer algunas reflexiones sobre las sociedades médicas.

Con un pensamiento retrospectivo, quiero creer que antes de la aparición del médico docto, cuando el barbero era el cirujano y ejercía en el aislamiento, no había sociedades para intercambio de conocimientos. Existían las escuelas de medicina y los hospitales pero sus objetivos eran diferentes. En cambio, cuando la Medicina se integró como cuerpo de conocimiento coherente, surgió la necesidad de comunicar las experiencias, de presentar los instrumentos médicos y para mostrar las técnicas según iban apareciendo. Se formaron los pequeños grupos en torno a los hospitales y en las grandes ciudades, entre tertulias y discusiones nocturnas comenzaron a intercambiar opiniones cada vez más acaloradas y las reuniones periódicas eran más asistidas. En las grandes ciudades europeas aparecieron las academias, más críticas y más científicas, donde se aprobaban o se rechazaban los hallazgos científicos. Desde entonces las reuniones han sido costumbre inveterada.

Cuando la Medicina cambió la generalidad por la especialidad, los grupos se hicieron selectivos y las sociedades confinaron su temática según su interés. En la actualidad cada rama del conocimiento médico tiene su propia sociedad donde se habla el mismo idioma con sus tecnicismos específicos y los temas son motivo de comunión. Hoy por hoy, no es problema la ausencia de sociedades, sino las muchas sociedades que se agrupan en asociaciones.

Para identificar la importancia de una sociedad, basta imaginar qué pasaría si no existiera, por ejemplo, la Sociedad del Hospital Juárez de México. Primero, no habría comunicación. El Cuerpo Directivo no tendría una forma fácil de transmitir sus decisiones ni conocer las necesidades del personal. Los médicos formarían grupúsculos aislados según su especialidad y no podrían crear vínculos académicos ni enlazar aquellas partes de su práctica profesional que son de utilidad a otras especialidades. Es decir, la fragmentación del ejercicio de la Medicina, ya de por sí incongruente, sería caótica.

Un momento magnífico de los encuentros académicos es el de la controversia donde se esgrimen argumentos y citas bibliográficas; se convence con la razón salpicada de ingenio. Algunas sesiones son memorables porque se hizo gala de la sapiencia, porque la complejidad del caso parecía insalvable, porque los opuestos parecían llegar a los puños; pero al final emergió la verdad implacable y todos quedaron satisfechos.

Las sociedades no sólo tienen fines académicos, sino también aportan formas de reunión fraternal y de encuentro humano. Los grandes hospitales pueden ser motivo de aislamiento por razones de distribución de espacios y de funciones, lo cual no es sano porque impide la convivencia y el compartir los objetivos que el personal tiene en común como las reuniones cívicas o festivas.

En conclusión, la sociedad del hospital tiene la función principal de conciliar la diversidad, para integrar los muchos pensamientos en la unidad académica y social. Lleva implícito el espíritu de una institución que congrega a la totalidad con la cual hilvana las páginas que se escriben cada día. Sólo unidos se puede llegar a un futuro triunfal. Por todo ello, las sociedades son una costumbre magnífica.

Dr. Antonio de la Torre Bravo